

LA ACADEMIA CALASANCIA

Fundador: Rdmo. P. Eduardo Llanas, escolapio

Consultor de la Sagrada Congregación Romana del Indice

Sección Oficial

El domingo, día 7 de Octubre, festividad de Nuestra Señora del Rosario, á las ocho de la mañana en la Capilla del Santísimo de las Escuelas Pías de San Antón, celebrará la Academia la comunión general reglamentaria.

Lo que se recuerda para que los señores Académicos asistan á ella.

Barcelona 18 de Septiembre de 1906.

El Presidente,
JAIME TRABAL.

DOCUMENTO NOTABLE

LA ACADEMIA CALASANCIA al iniciarse la idea de tributar un Homenaje al Rdmo. P. Eduardo Llanas, creyó que era un deber comunicarlo al Supremo Gerarca de la Escuela Pía y así lo hizo por medio de un oficio al que el Rdmo. P. Preósito General se ha dignado contestar con el documento que á continuación publicamos:

«El Preósito General de la Orden de las Escuelas Pías aplaude con todos sus entusiasmos el proyecto de esa Academia de tributar en el próximo Octubre un Homenaje á la memoria del Rmo. P. Eduardo Llanas: y, no pudiendo contribuir al mismo con su presencia, lo hace con su óbolo, encabezando al efecto la suscripción con cien pesetas.»

Dios guarde á V. muchos años.

Roma Col.º Cal.º, 4 de Septiembre de 1906.

MANUEL SÁNCHEZ DE LOS DOLORES

Preósito General

Sr. Presidente de la Academia Calasancia de Barcelona.

Y con esta cantidad del Rdmo. P. Prepósito General, á quien siguen el Rdmo. P. Vicario de España y Ultramar, los MM. RR. PP. Asistentes Inter Provinciales, Provinciales, RR. PP. Rectores, Director de la Academia, la Academia Calasancio, Individuos de la Directiva, Expresidentes, Académicos Honorarios, queda abierta en esta Academia la suscripción para los gastos del Homenaje, que tendrá lugar el 14 de Octubre á cuyo acto es de esperar que asistan los Académicos para contribuir á la solemnidad del mismo y honrar la memoria de su inolvidable Fundador.

Letras

RECUERDOS DE VIAJE

I

VIEGE-ZERMATT

Querido amigo: como te lo prometí lo cumplo; la premura del tiempo me impide relatarte como querría, las circunstancias que han acompañado mi viaje por estas regiones; como te dije al despedirte, mi primera intención fué ir á visitar el panorama del Gornegrat y el pintoresco pueblo llamado Zermatt.

Aunque pesado es el viaje desde Barcelona, sin embargo, todas las incomodidades del viaje se dejan aparte por el gusto de contemplar la imponente vegetación, los soberbios despeñaderos, las hondas cataratas y los espléndidos picachos que por sobre de Zermatt en artística confusión se destacan.

Ya en Viege, estación del ferrocarril del Simplon, este aire característico de la alta montaña se nota mixtificado por la presencia del ferrocarril de vía estrecha, atestado de turistas de todo género; verías allí al padre que lleva á sus hijos de viaje por sus adelantos durante el curso; verías al matrimonio joven, que está realizando el viaje de novios; las familias cargadas de equipaje que van á pasar temporada en los soberbios hoteles del Rifbehalp ó Rifbelberg ó en los hoteles de

Zermatt en el fondo del valle; á los padres que llevan á los hijos ó las hijas á dar la *tournee de vacances*, al joven que va á restaurarse y tomar aires puros; á los otros que huyendo del mundanal ruido de los hoteles, se llevan las cuerdas, *piolets*, *alpenstocks*, escaleras, etc., para escalar las cimas de las altas montañas suizas; verías á las inglesas cargadas de años que con el equipaje dispuesto á ir por todo, no paran de viajar en todo el verano; á los alemanes serios y adustos, que como todos van á ver aquellos valles, atraídos por la fama; á los franceses que van mirando aquí y allá, y comparándolo á lo que ya han visto; á los italianos que con su hablar empalagoso van confundidos con los demás; á los engadinos, á los austriacos, á las tiroléses los españoles y catalanes, rusos y griegos, norteamericanos y argentinos; portugueses é irlandeses mezclados todos en el vagón bajo el mismo pensamiento y parecidas aficiones, esperando la partida del tren.

Primeramente todos están de pie colocando sus *colis* en lugar á propósito; á uno se le cae el bastón; á otro no le cabe el portamantas; á otro le han llenado su regilla con maletas ajenas y pide que se las saquen: empieza á meter y sacar fardos; los bastones se enredan por todo; la inglesa del rincón no sabe donde colocar sus *practicás* maletas, sacos, cojines, etc.; al fin, uno aquí, otro allá, otro sobre el asiento del lado (único vacío en todo el vagón), otros debajo ó encima de ella, todos los bultos hallan colocación. Mientras están todos así trabajando metiendo las maletas y redes aquí y allá, penetran tres ó cuatro viajeros, que en la imposibilidad de encontrar sitio, se van, después de atravesar entre empujones dos veces el vagón; caminando ya el tren, hay todavía algún rezagado que no sabe como arreglarse el equipaje. Llega un momento de silencio; el tren ya ha arrancado y casi todos los pasajeros pasan revista; luego empiezan á bajar y subir ventanillas, á sacar la cabeza por aquí y allí, y á volver la animación que por corto tiempo se había perdido.

Como que los coches tienen pasadizo central, dividiéndolo en departamentos de cuatro asientos, en cada uno de ellos se formaban ó animados corros de conocidos ó conversacio-

nes forzadas de gentes que sólo se conocían de allí, y que probablemente jamás debían toparse en el camino de la vida. A mí me tocó un matrimonio engadino, que con su idioma medio alemán medio catalán no les llegué á comprender; en francés casi tampoco, pues el señor, á pesar de esforzarse en expresarme lo que quería, tenía que recurrir á la mímica más de una vez. Casi todos los viajeros, armados del Baedeker ó planos más ó menos extensos, señalaban al vecino el sitio por el cual se pasaba.

Ya á todo esto el tren iba subiendo junto al despeñadero por cuyo fondo corría el río. Pasamos á la margen derecha; cogió el tren la cremallera y empezamos la cuesta; junto á nosotros el río iba siguiendo impetuoso; más tarde el río llegó á correr con más energía, y la pendiente fué mayor; el río precipitábase furiosamente entre los peñascos del estrecho cauce, el agua rebotaba con fuerza sobre las lisas piedras y levantaba penachos algodonosos que volvían á precipitarse con ímpetu ciego sobre sí mismos; las aguas chocando entre sí y salpicando de vez en cuando seguían locas en su furiosa carrera; el rumor imponente del agua precipitándose sobre sí entre las peñas y peñascos, era majestuosa en aquellos lugares en que el tren parece pasar en silencio; ni una exclamación de admiración partió del vagón; el silencio fué absoluto; todos echados hacia la derecha del vagón contemplaban el soberbio espectáculo; pasadas estas veinticuatro cascadas, la animación fué mayor; la amistad pasó de uno á otro departamento; los viajeros se llamaban continuamente yendo de derecha á izquierda, admirando ahora un *glacier*, luego la estación, más tarde un despeñadero, después un pueblo, luego el río, un bosque, un pico, una pared, etc., etc., y otras tantas maravillas que á los ojos del aficionado se despliegan con toda su hermosura; las exclamaciones parten de todos lados; las palabras hermoso, conmovedor, grandioso, sublime, resuenan por todo.

Poco á poco las montañas cubiertas de glaciares van apareciendo; el río pasa hondísimo y el ferrocarril pasa por sitios *effrayantes*; poco después atraviesa éste al río, y en un sober-

bio golpe de vista, destácase la enhiesta cima del Matterhoru, ó Mont Cervin; el viaje ya no debe durar mucho más; las miserables casas ó establos de maderas, sostenidas en el aire por cuatro ó seis troncos de pino, han ido sucediéndose sin cesar; los pueblos oscuros, confundidos con el oscuro de los pinos alpinos y abetos añosos, contrastan con la blancura de las nieves y con las descarnadas rocas que á manera de altísimas paredes tenemos á todos lados y en el fondo.

Los hoteles de Zermatt ya van apareciendo; el viaje ya toca á su término; vuelven otra vez los viajeros á sacar maletas, dejar fardos y líos en el pasillo, á tropezar con los sombreros de las señoras, á mirar y remirar si dejan algo, mientras con la mano que les queda libre se apresuran á despedir á sus *nuevas amistades*; y así se arreglan para irse al hotel ó al ferrocarril eléctrico que debe conducirlos al Garnegrat.

El tren entra en agujas; todos los viajeros están en pie y la portezuela del vagón la dejan abierta; se cambian los últimos saludos, el tren va frenando, los empleados gritan el «Zermatt», y en dos minutos el tren vuelve á llenarse para conducir los viajeros á Viege, y de allí al resto de Suiza.

Echados todos los viajeros de Zermatt, cada cual va para su lado; uno compra postales, el otro se dirige al hotel, otro toma un coche, y nosotros nos dirigimos inmediatamente al pueblo para ir luego á contemplar el espléndido panorama del Mont Rose y Mont Cervin que en sublime conjunto se despliega en el Garnegrat.

ANTONIO GALLARDO GARRIGA

Milán 26 Agosto de 1906.

DE MI DIARIO

12 de Noviembre

Soy feliz. Y no feliz á medias ó en cuanto es posible, según acostumbra decirse, sino completamente feliz. Esta mañana, al ir á mirar la hora en mi reloj de bolsillo, he visto que señalaba las doce y cuarto. Probé de darle cuerda, creyendo que había olvidado hacerlo la noche anterior, pero

me ha sido imposible; el resorte no funciona. En poco tiempo he tenido que mandarlo componer dos veces, y ahora voy á desistir de ello. Bien merecido tiene el pobre el descanso eterno. Me ha prestado sus leales servicios durante quince años de mi vida, con una exactitud de cronómetro, al minuto, dando pruebas de una resistencia incompatible con su baratura, y contentándose sólo durante ese espacio de tiempo, en cubrir con alguna que otra capa amarillenta la superficie de su caja de metal niquelado, como timbres gloriosos de su historia.

Le tenía cariño, pero no siento su muerte; porque mi reloj ha muerto al convertirse en un objeto inútil. Esas ruedecillas de engranaje, como si dijéramos sus miembros, están paralizadas; y ese resorte en forma de espiral que era el alma de su mecanismo, ya no se mueve. No solamente no siento su muerte, sino que lo quiero más que ayer, que lo veía andar, porque tan pequeño y tan inservible como es, ahora tiene el privilegio de procurarme la felicidad.

¡Las doce y cuarto! Es decir, ninguna hora, porque las manecillas no han de avanzar ya más. No es mañana, tarde ni noche: me encuentro en un período de tiempo indefinible, sin tener que pensar en las exigencias del después, ni en la ruda labor de cada momento. Nadie me espera ni á nadie aguardo, ni tengo compromisos que atender, ni mi presencia interesa á ser viviente. La idea de la puntualidad, que es un tormento para el espíritu, se ha desvanecido en un soplo, puesto que el reloj, esto es, *mi reloj*, ya no señala las horas. Se acabó el ansia del vivir con el alma lacerada á fuerza de contar los días transcurridos, las horas de amargura, los minutos que faltan para realizar una ilusión que no llega nunca....

¡Las doce y cuarto! Con el mismo fervor con que besaría la mano cadavérica de un antiguo amigo, posó mis labios en la tapa de cristal de mi reloj de níquel. Él preparó mi felicidad mientras yo dormía, poco después de haberme dejado oír su invariable y cariñoso tictac, deteniéndose en su marcha, cansado de largo camino recorrido, pasada la media no-

che, la primera y última que dedicó á su sueño de reposo, porque mi mano despiadada no le dejaba descansar.

Me amarga el pensar que estoy obligado á substituirlo. En su maquinaria desgastada, ya no cabe seguramente recomposición alguna; pero retardo el momento, sabiendo que *no tengo hora* y que en el espacio de una noche ha desaparecido de mí el ansia febril de mirar el reloj á cada instante. Quiero gozar un día siquiera, dos si es posible, de esa felicidad que consiste en vivir sin noción del tiempo, como los niños, pero más dichoso que ellos, pues ignoran la suerte que les cabe. Quiero verme á mis anchas, sin temer el curso de aquellas agujas que van devorando dolores y penas, para señalar otras más grandes. Dueño de mí mismo, me dispongo á saborear los dulces recuerdos de mi pasado, los amores del alma, el cariño de la mujer que surgió á mi paso al traspasar los linderos de la infancia, para inocular en mis venas el vigor de la juventud é infundirme aliento cuando las luchas de la vida me mostrasen el camino de la edad madura. Quiero ser feliz, feliz del todo, ahora que no estoy sujeto al capricho de las manecillas del reloj, de mi reloj de níquel, que señala aún las doce y cuarto.....

14 de Noviembre

Hacia tres días que mi reloj no andaba, y lo conservaba aún en el bolsillo, como si llevase una reliquia. Por fin sonó la frase fatal, que embebido en mi felicidad, había casi olvidado: «¿Qué hora es?» me preguntan; y yo, instintivamente, y por la fuerza de la antigua costumbre, me apresuro á consultarla á la esfera de mi reloj. ¿Qué es eso? El horario señala las nueve..... Miro más..... escucho..... Mi reloj anda, y su tictac me parece una befa. Mi más fiel y antiguo amigo acaba de hacerme traición. Sabedor de que la felicidad no es posible en la tierra, ha querido convertirse en cómplice de una verdad tan grande, cuando estaba en su poder el hacerme la olvidar. ¡Ahora es cuando voy por otro reloj sin pérdida de tiempo, después de estrellar el mío contra el suelo!

ALFREDO ELÍAS

Nueva York

BIBLIOGRAFÍAS

VIDA DE SAN FRANCISCO DE ASÍS, escrita por el *Serafico* Dr. San Buenaventura, primera versión española por el P. Fr. Ruperto M.^a de Manresa O. F. M.—M. Durán y C.^a, S. en C., editores, Barcelona.—1906.

Uno de los Santos más historiados es sin duda el Serafín de Asís, por prestarse su santidad heroica á ser considerada bajo mil aspectos, mirándole cada autor según el punto de vista que más se acomoda á su modo de ser. De la luz descompuesta al través de un prisma, cada cual se fija en el rayo que más intensamente ha herido su pupila.

Desde Tomás de Celano, primer biógrafo del Santo, hasta Görves, Ozanam, Malón de Chavín, Emilia Pardo Bazán, Van-Ortroy, el P. Lemmens, Fr. Eduardo de Alenzón; Menocchi, Faloci-Pulignani, Lempp, Tileman, Grelle, Goetz, Penacchi, Cristofani, Della-Giovanna, Sabatier y otros contemporáneos, mucho se ha escrito sobre S. Francisco y su Religión en todos los lenguajes y estilos, apartándose más ó menos de la sana crítica hasta tal punto, que después de casi siete siglos, bien podemos lamentarnos de la anarquía histórica que sobre este asunto reina, ya que como dice el P. Ruperto M.^a de Manresa en el Prefacio de la Traducción, y hablando de las Vidas que se han escrito de S. Francisco, fué: «la que finalmente brotó de la suave y ardiente pluma del Doctor Serafico, escrita con el intento de acabar con la anarquía histórica creada por la excesiva fecundidad de biógrafos». Siendo de advertir que ambos Santos vivieron en un mismo siglo, el siglo XIII.

Así que, es un faro resplandeciente un foco de luz la que acaba de publicarse, escrita por S. Buenaventura, quien en el Prólogo de la misma dice que no lo hubiera intentado si «no me obligaran los ruegos unánimes del Capítulo General» (1). Y merece el primer lugar entre todas las Vidas que se han escrito de S. Francisco por lo que el Santo Autor va diciendo en el mismo Prólogo: «á fin de que con mayor certidumbre y claridad me constara la verdad de esa vida que á la posteridad yo habla de transmitir, seguí piadosamente los lugares donde el siervo de Dios tuvo su nacimiento, busqué las huellas de su espíritu visitado por Dios con los suaves carismas de las gracias más extraordinarias, me bañé en el ambiente donde recibió con el término del destierro la corona de sus heroicos hechos, y he corrido por donde quiera que se conserva su memoria ó compañeros y discípulos que le han sobrevivido, con quie-

(1) Celebrado en el año 1260 en Narbona, según Waddingo.

nes familiar y detenidamente conversé, anteponiendo á todos, al recoger obras desconocidas ó palabras perdidas, á los mayores admiradores de su santidad, y á los más fieles imitadores de sus virtudes. No fuera jus'o ni razonable despreciar el testimonio de hombres que lo que vieron testificaron y cuyas palabras aquilataban altas y ejemplares virtudes».

Es esta Vida la más á propósito para formarse exacta idea del Pobrecillo de Asís, de su espíritu, de las tres familias franciscanas; es la que desvanece todas las dudas, rectifica los juicios equivocados, incorrecciones de crítica que de la lectura de otras Vidas pueden originarse, hallando en ella el alma dedicada á la vida interior un ejemplar que seguir, el literato un modelo de castiza traducción y de ameno estilo.

Si á este valor intrínseco se añade la forma en que ha sido editada en hermosos caracteres sobre buen papel, en octavo mayor, con cubiertas á la holandesa, en tal forma, que acredita á la Casa Edictorial, se tendrá una obra de la que puede decirse lo de Horacio, que: *tulit omne punctum*. Es uno de aquellos libros que atraviesa los mares, proporciona grandes ventajas y un buen nombre á los editores, y el del Autor y Traductor se immortaliza y es llevado por doquiera en alas de la fama, *Hic meret cera liber Sosis, hic et mare transit*.—*El longum noto scriptori prorogataevum*. como nos dice el Venusino en su célebre epístola.

LA FE Y EL PATRIOTISMO ENGRANDECEN Á LAS NACIONES, por D. Manuel Casanovas Sanz, abogado de Barbastro y camarero de capa y espada de Su Santidad.—Barbastro. Tip. de Jesús Corrales.—1906.

Debida á la pluma de nuestro particular amigo y colaborador de la ACADEMIA, D. Manuel Casanovas, hemos recibido con cariñosa dedicatoria, una *Memoria*, que en el Certamen Mariano de Zaragoza, celebrado en el año jubilar de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María, obtuvo el premio del Excmo. señor Capitán General de Aragón, asignado al tema *Fe y Patriotismo*.

Con el aplomo y profundidad de conocimientos filosóficos y teológicos que exige la materia, empieza hablando de la fe humana y divina abordando luego el escabroso problema de las relaciones de la Iglesia y el Estado, transcribiendo á continuación el testimonio de Donoso Cortés para probar que el fundamento de toda sociedad estriba en la religión, terminando la primera parte de esta bien escrita Memoria, presentando al Cristianismo regenerando á la sociedad y á la caridad, produciendo la paz y bienestar en las sociedades.

Entero quisiéramos transcribir el primer capítulo de la segunda parte dedicado á explicarnos lo que se entiende por «Patria: palabra subyugante, mágica, enunciadora de algo grande y sublime que exalta nuestra imaginación, excita nuestro entusiasmo» como dice el autor. Entero lo quisiéramos transcribir por ser modelo de estilo, y por la galanura de sus ideas y conceptos. Intimamente relacionado con él y como á consecuencia, habla de las tradiciones patrias, del bienhechor influjo del Catolicismo en el orden político, civil y social en general y especialmente en Aragón, patria del autor. Prueba cumplidamente el autor lo que se propone, ó sea, que *la fe y el patriotismo engrandecen á las naciones*, con el brillante canto épico que dedica á los descubridores de América, que tan bien supieron hermanar la fe y el patriotismo, con la grandeza de España en el siglo xvi, siglo de fe y patriotismo, con el trabajo realizado en nuestros días por los Misioneros en el Golfo de Guinea, por los gobiernos católicos de Bélgica, guiados únicamente por la fe y el patriotismo, terminando tan bien escrita Memoria con la conclusión de que la fe es el baluarte del orden social, presentando, con varias citas de las Sagradas Páginas, á Dios infundiendo en el hombre el amor á la patria.

Leída la *Memoria* se convene el lector de la justicia con que fué premiada, y de lo merecidas que han sido las alabanzas al autor tributadas por la misma.

MANUEL SERRA, Sch. P.

ESPERANZA

La mar tranquila,
la tarde en calma,
surca las ondas
humilde barca.
Viejo patrono
de tez tostada
lanza al profundo
su red de mallas.
Cierra la tarde,
la noche avanza,
de la tormenta
la furia brama
trocando en montes
la que antes plana,

la mar tranquila,
tranquila y mansa
bate con furia
la humilde barca
hecha juguete
de la resaca,
El rayo rápido
la nube rasga,
el viento silba,
las ondas pasan
como colinas
altas, muy altas,
que alzan y abaten
la humilde barca.

Quien la tripula
 nunca desmaya,
 hecho á caricias
 de la mar falsa,
 ni en la tormenta
 pierde esperanzas.
 Pende en su cuello
 dulce medalla
 impresa en ella
 la Virgen Santa,
 contra su pecho
 la aprieta y manda
 al negro cielo
 tierna plegaria :
 «Del mar estrella,
 María amada,
 poned en salvo
 mi pobre barca».
 Entre estampidos
 su oración pasa,
 llega á los cielos,
 llega á las plantas
 de la divina

Virgen Sagrada,
 al recibirla
 tormenta calla
 y de las nubes
 el capúz rasga,
 brillando pura
 é inmaculada
 fúlgida estrella
 de la esperanza.
 La débil nave
 llega á la playa
 rotas las velas,
 rotas las jarcias,
 el patrón salvo,
 la gente salva.
 Solo la Virgen
 en noche aciaga
 condujo á puerto
 la humilde barca.
 La fe tan solo,
 fe y esperanza
 son gobernalle
 de nuestra alma.

J. M.^a O. P.

Ciencias é Industrias

LA EDELWEISS

Son antiquísimas las supersticiones y leyendas que han engendrado las flores; son muy antiguas las creencias de la felicidad ó del olvido en el hallazgo de ciertas plantas particulares, y están tan extendidas estas creencias hoy en día, que no hay hierba, árbol ó arbusto que no lleve su símbolo, que no cuente su historia ó que no ostente su significación más ó menos fabulosa.

La felicidad, por ser el fin más anhelado, ha sido representada desde muy antiguo por multitud de plantas, de aquellas que la aseguran al que las encuentra; entre estas mu-

chas se hallan ciertas especies de helechos herbáceos, los tradicionales tréboles de cuatro hojas, el célebre *gui* ó muérdago, ciertas especies de lirios y otras muchas; pero la planta que llama más la atención de éstas, por sus muchas particularidades, es el célebre *edelweiss* ó la *edelweess*, especie perteneciente á la familia de las compuestas; este nombre es alemán, aunque así se le llama también en Francia y en España, en donde también se la conoce por *l'Etoile de neige*, ó estrella de nieve, dada su forma y color.

Esta *flor*, objeto de tan penosas pesquisas de los turistas alpinos ó pirenaicos, es de un tamaño de dos ó tres milímetros de longitud; muchas de ellas se reúnen formando cabezuelas ó capítulos casi cónicos y muy abiertos, no constituyendo de suyo ningún atractivo. Lo que el vulgo llama la *flor*, es un conjunto de brácteas ú hojas estrechas, blanquecinas, lanosas é irregulares que sostienen un número variable de capítulos: este número acostumbra á ser seis ó siete, aunque se encuentren muchos ejemplares constituídos por una sola cabezuela grande y casi semiesférica y rodeada de siete ú ocho brácteas bastante regulares; á veces son tres ó más, encontrándose ejemplares con doce ó catorce capítulos. A veces el tallo no termina junto á la inflorescencia, sino que termina dos y á veces tres centímetros antes, haciendo las veces de éste una fibra algodonosa y muy flexible y blanda que sostiene la inflorescencia (*flor*).

La planta de la *edelweiss* (*leontopodium alpinum*) es hierba de rojas aleznadas y verdosas, ligeramente vellosas, y formando un rosetón en la fase, de cuyo centro parte el tallo que sostiene la inflorescencia. En el extremo de este tallo están las brácteas verdosas, pero que luego se convierten en blancas, algodonosas, aunque la substancia que las constituya no sea el algodón común, lo cual se demuestra quemando éste parcialmente, y entonces se notará que cuando no hay llama no se consume más algodón; repitiendo la experiencia con un *edelweiss*, veremos que si hay un solo punto rojo ó punto en ignición, es suficiente para quemarla toda dejando por residuo una gran cantidad de carbón muy fino y pulverulento.

Sumergiendo el extremo de un tallo se ennegrecen las brácteas, ennegreciéndose más, pero destruyéndose, tratándolas por ácido sulfúrico, así como el nítrico ó clorhídrico y el amoníaco en vapor, ó disolución acuosa las amarillean. En vez de colocar los tallos en agua, es muy conveniente introducirlos en una mezcla de carbonato sódico y cálcico bien mezclado, seco y dividido. Entre las brácteas existe también esta materia algodonosa, sirviendo de cojín para las cabezuelas.

El fruto hace en su extremo un punto amarillo, brillante y á veces obscuro; los capítulos de frutos sometidos á la acción del calor se abren, así como los vilanos ó apéndices filiformes de cada fruto, al calentarse se distienden bruscamente. Cuando aparecen los frutos, acostumbran también á aparecer en la inflorescencia unas orugas minúsculas cuyo envoltorio es de naturaleza igual á la de las brácteas y flores. La forma de la inflorescencia es variadísima; regularmente afecta la forma estrellada, pero muchas veces presenta formas raras, consecuencia de que las brácteas no salen todas de un mismo punto sino que ramificándose éste nacen aquéllas, dos á dos ó á tres en diversos puntos.

El color es blanco en las brácteas y más obscuro en los capítulos; á pesar de esto existe el carmín en los tallos debajo de la capa algodonosa que los recubre; el color de tierra en la semilla, y en esta misma el amarillo y hasta el dorado; la parte posterior ó envés de las hojas es verdoso, blanco ó color de carne, y los frutos á veces presentan puntos de color quemado obscuro, casi negro; pero el conjunto de la *flor* es de un blanco enfermo, así como el de la planta es verdoso.

A esta flor se la toma también como símbolo de la muerte por varias acepciones; en primer lugar porque el afán de poseerla ha costado por desgracia la vida á muchos turistas que se han arriesgado demasiado por lugares peligrosos, y en segundo lugar por la flor en sí; ella es esbelta, hermosa, atractiva hasta cierto punto como la muerte; es de una blancura enfermiza y rara, no tiene color, no tiene aroma, se cría entre las nieves, existe allí donde no hay vida y por último es inmortal.

Es creído por muchos que la *edelweiss* solo se halla entre las nieves perpetuas de los Alpes suizos, en gran parte de España y en los Pirineos; también se cría esta planta en el Sura, sobre todo en Gavarnie y el Viguemale, en los Apeninos, Carpatos y Atlas; aunque no se críe en el Cáucaso, Urales y Altai, se encuentran en Himalaya numerosos ejemplares de la especie *Leoutopodium Hymalayensis*, y en Siberia el *L. Libiaicum* de brácteas más cortas pero de igual anchura. En China se encuentran hermosísimos ejemplares de aspecto aterciopelado, y en el Japón existe la especie *L. Japohicum*, algo distinta de las anteriores. En Nueva Zelanda existe la variedad *L. Grandiceps* y en el monte Eecura (Estados Unidos) se cría otra variedad, ambas algo distintas del *L. Alpinum*.

El tamaño acostumbra á variar entre dos y ocho centímetros de abertura, encontrándose especies mayores pero raramente. En Constantina (Africa del Norte) á 700 metros sobre el nivel del mar, se cría una hierba exactamente igual á la *edelweiss* en la forma, color, estructura y flores, difiriendo sólo en el tamaño, pues si aquéllas miden unos 4 ó 5 centímetros regularmente, éstas miden 0'5 á 1 centímetro con la planta proporcionada á esta magnitud.

Críase en terrenos calizos aunque no estén muy fríos, y menos aún cubiertos de nieve, por lo cual teorías erróneas han conseguido al aclimatarlo en jardinería obtener especies deformes é imposibles. Se cría muy bien en terrenos calizos, secos y soleados, plantándose por semillas que florecen al segundo año. Su mejor zona de alimentación es de 2,000 á 3,000 metros sobre el nivel del mar.

Hemos calificado á la *edelweiss* de flor perenne; este aserto está fundado en que sus brácteas conservan indefinidamente el color, flexibilidad y estructura lo mismo que los demás órganos de la flor y fruto. Al hallar un ejemplar, la práctica aconseja no colocar su tallo en agua, sino que en lugar muy seco se dispone de manera que sus brácteas no se arrollen es espiral sobre sí mismas, única deformación é indicio de muerte que se observa en ella; puede hacerse esto colo-

cando entre sus órganos algodón hidrófilo hasta que se forme una bola compacta, dejándola así por espacio de 28 á 32 días; por medio de este sistema no se deforman los órganos pero resulta molesto si ha de hacerse bien; mejor resulta haciendo esta operación con mucho menos algodón y aplastar la flor por espacio de doce días en una prensa ó en un libro. Este método presenta el inconveniente que al separar el algodón parte de él, se une al algodón de la planta resultando difícil separarlos. El conservarlas metiéndolas entre dos papeles, presenta el inconveniente de que el ejemplar resulta muy confuso.

Los mejores métodos de conservación en su forma natural sin deformarse son tres: el primero consiste en tener las flores unos 10 días aplastadas entre dos papeles, é inmediatamente que se sacan separar las brácteas, flores y hojas hasta que adquieran la forma primitiva; por lo cual hay que hacer varios dibujos de la inflorescencia antes de deformarla, lo cual no todo el mundo sabe hacer. El segundo método consiste en tener durante 16 días las flores por los extremos de las diversas brácteas y algo tirantes, y así no se arrollan nunca; este método resulta un ejercicio de alta paciencia y que si no se hace con cuidado origina roturas en la inflorescencia. Por último, el tercer método consiste en colocar el tallo en una pulverización de fosfato cálcico, y todo en una atmósfera de nitrógeno; método delicado y que ha de hacerse de manera que no penetre oxígeno del aire en esta atmósfera, pues las brácteas se rizarían.

Estas son, en resumen, las principales particularidades de esta flor, ó mejor, de esta inflorescencia, que ha costado tantos trabajos y hasta la vida de los que se han arriesgado en su busca.

A. G. G.

Notas de arte

EL ARTE ROMANO BIZANTINO EN BARCELONA

LA CAPILLA DE MARCÚS

(Conclusión)

Esto prueba que este Marcús griego de que nos habla la Biografía Universal no es el de Piferrer; pero es de suponer que viniendo los Marcús de Grecia, Bernardo provendría de la rama establecida en Barcelona, y este escritor Marcús griego tendría por ascendientes los Marcús que quedaran en Grecia; esto parece acabarlo de confirmar, el que el libro escrito por éste está lleno de helenismos que hacen suponer que el autor fuera griego (1).

Grande fué la influencia que la familia Marcús tuvo en Barcelona al siglo de haberse establecido en esta ciudad; como ejemplo palmario de ello, citaremos de los Anales de Cataluña, escritos por Feliu de la Peña (tomo I), lo siguiente: «Venidos los contrarios recuperó más de treynta Castillos; dirigióse (Berenguer IV) al Assedio de Arles; ocupola victorioso y en castigo exemplar mandó demoler sus Torres y Fortificaciones; defendióse aún con desesperación, al Febrero de 1161. precisaron al Conde exausto por los gastos de tan porfiada Guerra a pedir prestados seys mil Morabatines a Guillen de Lerico, dando por fiadores a Trencavelo, a la Vizcondessa de Montpellier... Bernardo Marcús... que se hallavan en el campo».

Balaguer cuenta que en el sitio de Tortosa, Berenguer IV acabó el dinero que le había prestado la Iglesia Catedral; pidió prestado más dinero á algunos de los Barceloneses que con él iban, los cuales le prestaron la cantidad de 7,700 sueldos, siendo Bernardo Marcús el primero que se ofreció á

(1) Bofarull, en la *Guía Cicerone*, cita á un descendiente de la familia Marcús que en 1471 fué diputado.

prestarle los suyos. A esto, la Crónica de Cataluña de Pujadas añade: que esta cantidad, se entregó en 3 de Diciembre de 1148; estando presentes varios nobles y ricos-hombres de Cataluña; y para seguridad de esta cantidad de moneda que le prestaron *in exercitu et obsidione Tortosæ*, «les empeñó los molinos nuevos y viejos que tenía cerca la ciudad de Barcelona, hacia el O. excepto los del Clot de la Mel». Balaguer añade las palabras: «deudas y derechos que tenía en Barcelona».

Como hemos visto, Marcús fundó un Hospital junto á la calle de Moncada, en el populoso barrio que se llamó Vilanova en tiempo de Berenguer IV. El ya citado libro del P. Ferrer, copia un texto latino en el que se da una idea primaria sobre lo que fué este hospital (1). Este benéfico instituto pasó alguna mala época, en la que, ó por exceso de asilados, ó por falta de recursos, no se pudieran subvenir satisfactoriamente á las necesidades de los enfermos. En el año 1338, un enorme pedrisco arrasó los viñedos, por lo cual y por falta de recursos en el citado Hospital hubo de suprimirse el líquido que se suministraba diariamente á los enfermos. Sabido que fué esto por el Consejo de Ciento acordó subvenir á las necesidades de este Hospital votando cien sueldos para la compra del vino.

El albarán puesto á los *clavaris e destribuidos dels diners de les imposicions de la ciutat de Barchinona*, ciudadanos A. Dussay, Bernardo Serra y Francisco Eymerich, ordenándoles el pago de la expresada suma, se redactó en estos términos:

(1) El P. Ferrer dice así: «En el libro de la Curia Eclesiástica de Barcelona, titulado *Speculum*, relativamente á dicha capilla de Marcús, se halla la nota siguiente:

«Que en la capilla había Hospital fundado por el mismo Bernardo de Marcús, Hospital visitado por el Obispo Poncio, en las kalendas de Marzo, año de la encarnación del Señor 1306, siendo registrada la institución de aquel y exhibidas unas ordenanzas, así rotuladas: *Aquí empiezan las constituciones de los Hermanos y Hermanas del Hospital de Bernardo Marcús*, en número de 37 artículos, y el rector presentó la Carta de su institución ó nombramiento por orden del Vicario General en comisión del Obispo, de fecha 8 kalendas de Abril de 1259.

«Aunque las escasas rentas de este Hospital se reducían, según noticias, á 10 ó 11 libras, no obstante, con ayuda de limosnas de los fieles, alojaba y mantenía, además del rector, de los donados, del servicio y de los niños expósitos, en total diez y nueve individuos á diez y seis enfermos que contaba».

«Todas estas noticias relativas á la capilla de Marcús, me las ha franqueado su actual Rector (en 1920) el Dr. Dn... (a) Berdalet.

(a) En el claro que en este punto existe en el manuscrito, debe ir el nombre *Pablo*.

Als honrats A. Dusay etc. De part dels Concellers de la dita ciutat pregam vos que donets e paguets an Ramón Sanyera rector e amministrador del espital den Bernat Marchus Centum solidos barchinoneses los quals lo honrat Concell dels C. jurats de la dita ciutat ha atorgats graciosament per amor de Deu als pobres del dit Espital per previsio de vi per so com los pobres del dit Espital no havien vi que veguessen per los fruyts de les vinyes que en lany passat eran estats fallats per pera qui hi era cayguda. En testimoni de la cual cosa ferem fer lo present alvera sagellat ab lo sagell del concell de la dita ciutat... Escrit.^a v.^o kalendes, september anno predicto... —(Arch. Mpal., Delib., año 1339, fol. 56, V^{to}).

Este Hospital de que hablamos existió hasta el principio del siglo xv, en el cual varios hospitales que estaban bajo la inspección y administración del Cuerpo Municipal y otros bajo las del Obispo y cabildo de la Santa Iglesia, se reunieron en uno solo, gracias al recurso que se presentó á la sesión del Consejo de Ciento del día 1.^o de Febrero de 1401, pidiendo esta unión para mejor esmero y comodidad en el cuidado de los enfermos. Examinada la propuesta por los concellers y algunos prohombres y con ayuda del Obispo y canónigos, se firmó en 15 de Marzo de 1401 ante el notario Bononato Gil una Concordia determinando que los Hospitales dichos *den Vilar* y *den Marcús* que estaban bajo el régimen de la Municipalidad, y el otro *den Vilar* y el de *Colom* bajo el del Obispo y cabildo, se reunieran en uno solo con el nombre de Hospital de la Santa Cruz, cuyo edificio debía levantarse en el antiguo de Colom y algunos solares inmediatos (1).

Suprimido el Hospital, quedó en pie la iglesia, que sirvió por entonces para sostener el fervor religioso entre los vecinos de la populosa *Vilanova*. Hay opiniones que dicen que el primitivo Beneficio fué fundado bajo la invocación de San Lorenzo, pero la verdad es que realmente no existió este Beneficio; dicha suposición tuvo origen en la costumbre de que el Rector ó Beneficiado de la Capilla de Marcús fuera también Rec-

(1) PI y Arimón, *Barcelona antigua y moderna*, tomo II, pág. 301.

tor de la Capilla ó altar de San Lorenzo, y fuera á su vez «admitido á las distribuciones de la Iglesia del Mar, como los demás beneficiados, y aun con la prerrogativa que podía residir por procurador, por ocuparse de la Capilla de Bernardo Marcús; el estar presente á las distribuciones de la citada Iglesia se afirma porque el citado Bernardo Marcús compró cierto campo cerca de la antigua Iglesia del Mar para sepultar á los pobres. Cuyo cementerio fué en parte ocupado por la ampliación de la antigua y construcción de la nueva Iglesia tal como está ahora. Y por lo tanto nada tiene de extraño le que se diera lugar en la misma al precitado Rector» (*Speculum*).

Además de estas prerrogativas tenían los Rectores de aquella capilla otras, entre ellas la de que varios dueños le prestaban la cantidad de 5 morabatines, entre ellos uno del que se sabe que vivía en la calle *dels Mercaders*, cerca de la Capilla (*Ferrer-Barcelona antigua y moderna*, p. 108). Por la historia de la capilla en el siglo xiv, sabemos que siguió influyendo la jurisdicción de los Concelleres en ella, ya que consta en el Archivo Municipal que á 10 de kalendas de 1350, encargaron su administración á Arnaldo Carbonell, existiendo aún el hospital ya citado.

Es de suponer que á poco tiempo se fundara la *Confrería dels correus*, de la que ya hemos hablado, aunque como ya dijimos sólo se sabe que existía en Diciembre de 1510. En un interesante artículo publicado en esta misma REVISTA, en el primer número del año 1901, al hablar de esta cofradía, le asigna la fundación á principios del siglo xvi, sin que de ella tengamos datos ciertos.

En el siglo xvii se restauró interiormente la capilla con un retablo dorado muy esculpturado desfigurándola completamente.

Recientemente, á principios del siglo xix, sirvió esta capilla de Iglesia Parroquial, con motivo de haber trasladado á ella la de San Cucufate. Por la demolición que en parte sufrió el ingreso de esta iglesia, en 1.º de Enero de 1823, se trasladó la parroquia provisionalmente á Santa Catalina; pero

con motivo de varios inconvenientes en la celebración de los divinos oficios, se determinó la segunda traslación que tuvo lugar á la Capilla de Marcús en 13 de Mayo de 1826; pero la pequeñez de ésta, que no correspondía al objeto de una parroquia, determinó su tercera traslación al Hospital de Santa Marta en 6 de Agosto de 1827.

Por esta misma época (1) volvióse á restaurar su interior (primeros años del siglo xix) con un gusto peor que en la vez primera; pudiendo recomendarse sólo de ella las obras del escultor Juan Cerdá representando á San José y á San Bernardo. Fué realizada esta restauración por un sacerdote virtuoso pero falto de conocimientos artísticos. A no haberle dicho un compañero de ministerio que en la otra vida le podrían recompensar el celo que le había inducido para hacer dicha restauración, pero que en la tierra jamás se le perdonaría la profanación artística que ya sabemos, fué causa de que no se interesara para recoger fondos para restaurar su exterior.

Record de la Exposició de documents gráfichs de coses desaparegudas en Barcelona durant el segle XIX. (*Folletí del Butlletí del Centre excursionista de Catalunya*, Febrerde 1903).

Sirve en la actualidad la Capilla de Marcús el obtentor de un beneficio fundado en ella, el cual reside en la parroquia de Santa María del Mar. A las siete de la mañana consúmase el sacrificio de la misa y por la tarde se reza el Santísimo Rosario.

*
* *

Trasladémonos por un momento junto á la Capilla por allá en el siglo xvi. La plaza está llena de gente, y el rascar de las patas de los caballos confúndese con las conversaciones animadas de los correos; es á primera hora de la mañana, en el hostel aún están encendidas las luces, y en sus mesas varios hombres esperan la hora de salir: por detrás de la Capilla nótese ligera claridad, así como un ambiente húmedo

(1) En otro lugar dijimos que esta restauración data, no de los primeros años del siglo xix sino del año 1880, por el motivo de su profanación.

junto á las negruzcas paredes de las casas de la ciudad; la rara animación de las primeras horas del día pareceme sentirla cuando paso junto á esta Capilla; el Rector aparece en el pórtico y bendice á los Correos que se disponen á marchar: el primero que parte es el de Moyá, y luego uno á uno van desapareciendo los Correos de la plaza hasta que vuelve otra vez la hermosa calma de las primeras horas del día con la sublime quietud de su silencio...

Nada de eso queda ya; sólo la hermosa Capilla recordando aquellos gloriosos tiempos, junto á los barrios tan animados aún, junto á las históricas calles de la ciudad vieja, junto á las casas que, subiendo por sobre de ella, la aislan.

C. G. G.

Social

EL PROBLEMA AGRARIO

(Continuación)

Y ese espíritu que informó las antiguas leyes comunes y forales, pues también en algunas de estas palpita tal espíritu, es el que prepondera en la ley de 6 de Mayo de 1855, en el Real Decreto de 10 de Julio de 1865 y en las leyes de 11 de Julio de 1878, 5 de Agosto de 1893 y 10 de Julio 1897, al otorgar la legitimación, á favor de particulares, de terrenos del Estado, ó de propios y comunes, arbitrariamente roturados, por el pago de un seis por ciento del actual valor de los terrenos, pudiendo redimir el cánon en la forma que determina el Real Decreto de 25 de Junio de 1897.

III

Por las razones en nuestro anterior artículo apuntadas, es conveniente que los terrenos incultos y baldíos, ora procedan de bienes de propios, ora de los comunes de los pueblos, sean entregados á la roturación y al esfuerzo de sus verdade-

ros poseedores, aunque la posesión resulte abusiva y arbitraria; y que cuando alguien los ha roturado y reducido á cultivo se le respete en la posesión de los mismos y se consolide en ellos ésta con el pleno dominio por los medios que la ley establece: y es convenientísimo, además, porque resultaría un bien inmenso, desde el punto de vista social y económico, que en poder del Estado y de los pueblos no queden terrenos sin el uso á la naturaleza que los destina.

El abrumador exceso de cargas, gabelas y contribuciones, directas é indirectas, que pesan sobre el, por tantos conceptos esquilnado labrador, hace su situación económica cada día más difícil y apurada, lo cual influye directa y perniciosamente en la riqueza agraria. Medio hábil para extirpar ese mal es, sin duda alguna, aligerar la contribución territorial y suprimir en absoluto el impuesto de consumos, tan odioso á los pueblos, ó reducir considerablemente su tipo contributivo, en especial en lo que se refiere á los vinos y aun á otros frutos, por ser la subsistencia de tal impuesto una de las causas principales de nuestra decadencia agrícola.

Moralistas y economistas proclaman de consuno la conveniencia de que las contribuciones indirectas excluyan los artículos de primera necesidad, ó los graven en la menor proporción posible. Y en España la opinión pública ha se pronunciado, y muy acentuadamente, contra el impuesto de consumos; pues no hay *meeting* ni asamblea de agricultores, donde el primero y más obligado acuerdo no sea el de pedir á los poderes públicos la supresión del referido impuesto.

Su conservación en lo que á los vinos atañe, ofrece un gravísimo inconveniente, pues da lugar á que en las grandes poblaciones, para eludir el pago de semejante impuesto, se beba á veces un vino artificial muy nocivo á la salud: evitárase tal inconveniente con la desaparición de dicho abominado impuesto, ó con rebajar notabilísimamente las tarifas á los vinos aplicables, y subiendo al propio tiempo las del alcohol artificial, lográndose al proceder así, tres importantísimos bienes, á saber: el de extinguir una de las causas de la actual crisis vitivinícola, el de ofrecer en las más populosas capita-

les vinos naturales, higiénicos y completamente inofensivos y el de matar el alcoholismo tan desastroso para la salud de muchos consumidores.

Importa, sí, poner trabas á la venta de los alcoholes de sacarificación artificial de los que se fabriquen con productos que no procedan del vino, de los residuos de éste y de las melazas que derivan de la fabricación del azúcar; y hay que hacer eso por razones de higiene y salud pública y privada y como medio de salvar de la ruína á la agricultura. Medida directamente encaminada á ese fin, que tiene tanto de humanitario como de alta previsión gubernamental en el orden económico, sería ciertamente la de suprimir ó eliminar los vinos del impuesto de consumos y el encarecimiento ó subida de los derechos tributarios que devengue el alcohol artificial: de esa manera se facilitará el consumo del vino y se dificultará y entorpecerá el de ciertos alcoholes industriales con los que tanto se falsea y desnaturaliza el primero de dichos caldos.

La contribución rústica hay que rebajarla en la proporción que la haga soportable á los agricultores á fin de que los frutos que estos recolecten resulten positiva y realmente remuneradores; hay que distribuirla equitativamente entre los cultivadores de la tierra teniendo en consideración la potencia productiva de sus fundos y lo que exigen las labores culturales y las demás circunstancias que deben apreciarse para la fijación de las cuotas tributarias de cada propietario; y hay, por último, que perseguir, sin contemplación alguna, las maliciosas ocultaciones y los interesados é inmorales acaparamientos que tan perjudiciales son á los propietarios de buena fe.

Para el logro de lo expuesto en párrafo anterior, precisa la adopción de prudentes y acertadas medidas fiscales interiores, tanto en lo que se refiere á los catastros de los pueblos para que reflejen exactamente la extensión superficial, naturaleza y potencia productiva de las tierras que constituyen los predios, como en lo que atañe á los registros fiscales y á la fijación de las cuotas contributivas. En todo esto tie-

nen que poner especial cuidado los gobiernos, por exigirlo así con imperio los inconcusos principios de justicia y los intereses de la clase agrícola.

MANUEL CASASNOVAS SANZ

REVISTA DE LA QUINCENA

Necesidad de la unión de los católicos.—El Gobierno y el principio de autoridad: desafíos; la Circular del señor Obispo de Tuy, y pujos anárquicos en la enseñanza.—Después de la Asamblea del Episcopado francés.

En los periódicos he leído que llamó la atención el sermón de dominica pronunciado en la Catedral el día 9 del corriente por el Rdo. P. Luis Falguera; y atribúyolo no precisamente á la buena disposición del discurso ni á la belleza de su forma—que esto ya no asombra en el elocuente escolapio, por ser en él habitual,—sino á la oportunidad de su pensamiento dominante, que constituye un tema de actualidad, bien que lastimosamente desatendido. Expuso el P. Falguera, á grandes rasgos, la situación religiosa cuyo malestar se ha revelado en Francia con una hecatombe de las conciencias; y, naturalmente, vino á parar en los síntomas de contagio que se manifiestan en España; síntomas indudablemente providenciales que debieran servirnos para acudir cuanto antes al remedio del mal, y que sin embargo pasan enteramente inadvertidos, y el contagio va haciendo sus progresos entre la estúpida indiferencia de los católicos, más atentos á coligarse con los mismos ímpios para fomenar una política de bandería, que á unirse entre sí para defender los sagrados intereses de la Iglesia.

He aquí la causa de la resonancia lograda por el sermón del P. Falguera. Atrevióse éste á lo que nadie había osado decir cara á cara con su auditorio; lo que muy pocos nos habíamos atrevido á proclamar en la prensa. Y como esto es la verdad, y la verdad reside en las conciencias—aun en las de quienes se esfuerzan por desconocerla,—el efecto fué tan sensacional como inevitable. Comentaron unos el sermón aplaudiéndolo decididamente, y otros, no pudiendo refutarlo, hicieron el vacío á su alrededor. Pues bien; aun éstos vinieron indirectamente en apoyo de la verdad, porque al procurar secuestrarla pusieron de manifiesto que eran incapaces para resistirla.

Dígase lo que se quiera, expriman cuanto puedan su ingenio los católicos de partido para cohonestar su entusiasmo de bandería

con su *práctica* indiferencia religiosa, siempre resultará que aquí donde califican de acto de virilidad el haberse unido á masones y ateos para defender los intereses más ó menos nobles de cierto patriotismo *geográfico* ó recortado, no ha habido abnegación para prescindir de diferencias secundarias con el fin de unirse á los católicos que no figuran en sus bandos políticos y, á la voz de los Obispos, formar un bloque resistente, capaz de contener y contrarrestar la invasión sectaria que nos amenaza no ya desde el terreno donde fermenta el hampa social, sino desde las esferas del poder.

Muy malo es Romanones y con él cuantos colaboran en su pernicioso labor; pero si el sectarismo triunfa, como ha triunfado en Francia, culpa será de los católicos que, siendo los más y los mejores—como en Francia,—no han querido organizarse para combatir á todo evento. Culpa de ellos será principalmente, porque á la postre ni Romanones ni hombre alguno puede hacer más de lo que se le consienta.

* * *

Y en verdad que el horno no está para bollos, ni la situación para más dilaciones. Aquí no hay ya respeto alguno á la Religión ni á la ley—lo uno suele ir acompañado de lo otro:—en menos de quince días se han efectuado numerosos desafíos, con la complicidad de quienes debieran castigar á los delincuentes, y no lo hacen, porque no quieren. ¿Qué garantías puede ofrecernos del principio de autoridad quien ocupando elevadísimo mando pisotea la ley para ir á batirse? Y luego viene el ministro de Gracia y Justicia, *ameno* como siempre, y anuncia un decreto ó una R. O. ó cualquiera de esos documentos con que suele hacerse el reclamo, encaminado á impedir el uso de las armas blancas, principalmente la navaja. Y esto lo anuncia cuando predominan la espada y la pistola. A ese conde hay que enseñarle que tan criminal resulta batirse á pistola ó á sable, como á navajazo limpio; que tan cómplices del delito son los que apadrinan á los duelistas, como los compañeros de taberna de los matones; y que tan homicida es el hombre que mata á otro de una estocada de florete, como el jayán que despacha á su contrincante de una puñalada. Esto, á pesar de todos los *códigos del honor*, que están deshonorando nuestra cultura. No es lícito batirse más que á campo abierto contra los enemigos de la Patria.

Pero el ministro de Gracia y Justicia no ha tenido bastante con anunciar una disposición ridículamente anodina, sino que ha armado la gran camorra con motivo de la admirable Circular del señor Obispo de Tuy contra una R. O. sectaria del propio conde de

Romanones, relativa al matrimonio civil. No contento el ministro con la encerrada que se llevó en cuestión provocada por este mismo asunto con el Nuncio de Su Santidad, hace lo posible por llevarse otra más sonada; y al efecto ha metido mucha bulla—porque para él el reclamo es lo primero;—ha fingido una indignación con la que no ha logrado inquietar á nadie; y no ha parado hasta obtener del Nuncio el que sobre el particular se eleve una consulta á Roma; consulta que á los señores Cardenales de la Curia romana les caerá probablemente como de perlas, pues con ella podrán divertir á su sabor sus graves preocupaciones.

Escrito lo precedente llega la última edición de un periódico; interrumpo mi tarea para leer, y veo—no sé si con asombro ó sin él—que el Gobierno, después de elevada la consulta, resolverá como mejor le plazca, sin aguardar contestación del Padre Santo. Es muy discutible si esto es ya informalidad ó locura: lo en que no cabe duda es que no se puede alternar en serio con este Gobierno.

Otra ridiculez del conde de Romanones es el anuncio de someter á los tribunales la Circular del señor Obispo de Tuy. Se ve que el ministro de Gracia y Justicia necesita un jurisperito que le asesore y un secretario que sepa leer. Porque en la circular no existe agravio alguno; el Prelado no califica de tonto al conde: dice que se lo dicen otros. Y si el señor Obispo no se siente con fuerzas para refutarles ¿qué le vamos á hacer?

A la Academia de la Lengua debiera denunciar el señor conde de Romanones la Circular que tanto le quita el sueño; que bien pudiera ser que la docta Corporación nombrara al señor Obispo de Tuy académico correspondiente; porque aparte la severidad de un maestro de doctrina, revélase en aquel documento un literato consumado, que dice lo que quiere y tal como quiere decirlo, con elegante sobriedad de corte clásico.

Pero el ministro de Gracia y Justicia tiene de literato lo que de pedagogo su colega el de Instrucción pública, el cual, sin duda para completar las atrocidades del Gobierno, inventa decretos para impedir la enseñanza á las Corporaciones religiosas, al mismo tiempo que se manifiesta dispuesto á autorizar la reapertura de la Escuela Moderna, semillero de anarquistas y patria de Morral.

Culpa nuestra es—de los católicos—que puedan llamarse ministros de Su Majestad Católica, hombres públicos de tal naturaleza. Nosotros les hemos dejado llegar á tales alturas; nosotros somos unos consentidos tolerando sus proyectos. ¡Y todavía existen católicos que creen haber puesto remedio al mal que todos lamentamos, paseando las calles de Barcelona del brazo de Salmerón y de Soriaño! Digamos con Aparisi: «Esto se va».

Los periódicos radicales, protestantes y masónicos de Francia se han despachado á su gusto con motivo de la reciente Asamblea del Episcopado francés. Sin embargo, sus noticias y comentarios están destituidos de fundamento, porque de la Asamblea nada se sabe, como no sea el hecho indestructible de la completa adhesión del Episcopado a la norma de conducta trazada por Su Santidad. Esto es lo único importante para los católicos, que unidos á sus Pastores, que á su vez lo están á la Cátedra de San Pedro, serán invencibles.

El cisma que anhelaba Combes en su perenne propensión á la imbecilidad, no hay trazas de que estalle, y peor para el que lo iniciara, que habría de quedar aplastado por su misma obra. La Iglesia no busca la persecución—ha dicho un publicista francés,—pero tampoco la teme. Quienes se asustan de sí mismos son los apóstatas que la persiguen.

JUAN BURGADA Y JULIÁ.

Arbol Calasancio

24 de Septiembre de 1879.—Inaugúrase el nuevo Colegio de Escuelas Pías de Villanueva y Geltrú.

—Accediendo S. S. Pío X á los deseos de los Padres del Capítulo General de las Escuelas Pías últimamente celebrado en Roma, ha concedido á todos los escolapios y á sus discípulos la gracia de que puedan añadir á la Letanía Lauretana, después de la invocación Regina sacratissimi Rosarii, esta invocación *Regina Scholarum Piarum, ora pro nobis. Reina de las Escuelas Pías, rogad por nosotros*. El encargado de presentar al Santo Padre las Preces, y hablarle en nombre de los P. P. Capitulares, fué el Emmo. Cardenal Vives, discípulo agradecidísimo de las Escuelas Pías de Mataró. Son tan laudatorias para la Orden Calasancia las palabras que el ilustre Purpurado pronunció ante S. S. al entregarle el Memorial en que constaba la petición, que no podemos resistir al deseo de ponerlas aquí traducidas del latín, tal como se encuentran en las Ephemerides Calasancianæ, «Ante Vuestra Santidad, de esta manera habla un Cardenal: vengo á pedir una gracia en nombre de aquellos que me formaron, cuando niño, en la piedad y en las letras, con los cuales viví algunos años como hijo de una familia santísima, y de quienes recibí enseñanzas saludables y tesoros inefables de buen ejemplo. Defiendo la causa de ellos, dignese, pues, V. S. dar benignísimamente gusto á mi agradecido corazón; ellos agradecerán perpetuamente favor tan grande de V. S., y rodeados de los niños suplicarán á la Santísima Virgen que conserve á la

Iglesia de Dios libre de los enemigos, que añada nuevas fuerzas al Vicario de Jesucristo, y aumente por todo el mundo el pueblo cristiano en fe y en número». Concluida la alocución del Cardenal Vives, Pío X leyó las Preces, y concedió en hermoso autógrafo lo pedido, y además la Bendición Apostólica.

—El último número de las «Ephemerides Calasancianæ» está casi exclusivamente destinado á describir el último Capítulo General de las Escuelas Pías. Todos los trabajos son sumamente interesantes para el lector ávido de conocer los pormenores de aquella angusta Asamblea; pero hay un episodio que descuella entre todos por lo tierno; y es la descripción de la Audiencia Pontificia que se concedió á los Capitulares antes de marcharse á sus respectivas provincias, una vez concluido el Capítulo. Más que á un acto oficial, se redujo la entrevista con el Papa á una escena de familia, pues Pío X con semblante risueño fué hablando con los Padres, para cada uno de los cuales tuvo una palabra de aliento, ó alguna frase de cariño. Al ver al Vicario General de España, viejo venerable de 85 años le dijo el Santo Padre. «Deseo para V. R. que Dios le alargue la vida por lo menos tres lustros más». Al P. General cesante dió Pío X las gracias por el acierto con que había trabajado en bien de las Escuelas Pías, y pidió al cielo luz para el que acababa de ser elegido; dando á todos la Bendición antes de retirarse, la que recibieron los Padres de rodillas y grandemente conmovidos al contemplar la bondad de carácter del representante de Jesucristo en la tierra.

—Copiamos de la citada Revista el siguiente hecho bien edificante por cierto. Un jovencito de 10 años llamado Luis Muccini, natural de Roma, dió días atrás un ejemplo digno de ser imitado por sus iguales. Hallándose en la Estación del ferrocarril llamada «Termini» se encontró un portamonedas con alguna cantidad de plata, y, sin titubear, lo entregó al jefe de seguridad, para que lo entregase á quien acreditase ser el dueño. La prensa de Roma tributó merecidos elogios á la acción noble del buen Luis, elogios que indirectamente redundan en bien de las Escuelas Pías, cuyas aulas frecuenta el niño.

—El día 4 del corriente salieron de Barcelona con destino á los Colegios de S. Pantaleón de Roma y de Cracovia respectivamente los PP. Antonio Tumalla y Vicente Guillém; y el día 11, para la Isla de Cuba, el P. Esteban Serrades, nuevo Visitador Provincial de los Colegios de la Gran Antilla, acompañado de los PP. Eduardo Mauri y Luis Vall y de los Hermanos Daniel Bordoy é Ignacio Borrás. Deseamos á todos un viaje feliz.